

Szene Barcelona

1996

Publicado parcialmente en: *Architektur*, nº 3, Viena, mayo 1996.

Obertura

Ya que el asunto va sobre Barcelona, se podrían consignar algunos datos que no proceden de ninguna agencia de viajes, pero que son interesantes para hacerse una idea global. Para empezar, Cataluña tiene una superficie similar a la de Oberösterreich (Alta Austria), Niederösterreich (Baja Austria) y Viena juntas, y tiene 6.000.000 de habitantes. Su capital es Barcelona (la segunda ciudad en España y la más densa de Europa), una conurbación de unos 3.000.000 de habitantes, en la misma latitud que Nueva York, Oporto y Roma. Se enseña arquitectura en la Universidad Politécnica de Cataluña, que cuenta con dos ramas, la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona, con 4.000 estudiantes y unos 400 nuevos ingresos cada año, y la Escuela Técnica Superior de Arquitectura del Vallés, de 1.000 estudiantes. La media de duración de los estudios es de 12 años. 5.000 arquitectos colegiados figuran en Barcelona pero sólo 1.000 viven exclusivamente de su profesión (1).

Primer Acto

La consolidación de la “escena Barcelona” comenzó con el primer ayuntamiento democrático, cuando Bohigas fue llamado en 1980 como director de urbanismo. La inteligente condición que puso para su nombramiento fue la posibilidad de elegir libremente a los arquitectos, y por suerte tenía buen criterio para ello.

Por entonces, desde 1977, él ya era director de la única escuela de arquitectura que existía. Años antes también fue miembro del Grupo R (2), desde el cual —sin obviar principios racional-funcionalistas aplicados con toda severidad— se impulsaba que elementos locales de la cultura arquitectónica catalana corrigiesen la rigidez universalista del *International Style*. Esto conllevaba la utilización —con rigor— de materiales y técnicas constructivas propias del país (especialmente el uso de la cerámica), el aprender de la arquitectura popular, de su constructividad y austeridad, y en definitiva suponía el destierro de cualquier enfoque utópico. Participando así del llamado regionalismo crítico, por tanto integrando también planteamientos contextualistas. Esto concluyó en un realismo *sachlich*, seco, objetivo y material, como pretendidamente autorizada continuidad de la tradición moderna.

Es con características como estas que poco a poco se formó la llamada Escuela de Barcelona, en especial a la sombra de la enseñanza, escritos y obra de Bohigas, que lo difundía con máximo reconocimiento, autoridad e influencia sobre la teoría y la práctica: todo aquello que hacía que la arquitectura se presentase con economía, discreción, casi anónima, dura y durable, tectónica, como desnuda, sin excesos formales, recatada, sin metáforas ni simbolismo alguno, sin etéreos conceptos, siempre contextual, pretendidamente integrada... Al fin y al cabo son temas que sintonizan con el tópico pragmatismo catalán. Así, elementos que buscasen “no aburrir” no podrían encontrar un sitio reconocido en tan seria escena, en especial los procedentes del postmodernismo, deconstructivismo, organicismo, o cualquier otro ismo que se entretudiese con problemas no estrictamente racionales.

Publicado parcialmente en: *Architektur*, nº 3, Viena, mayo 1996.

De hecho, en la institución docente donde se formó la Escuela de Barcelona, hasta ahora no se ponía ejercicio alguno a los alumnos que no tuviese un programa real detrás, y nada que ver con lo utópico (sólo hasta hace bien poco se ha empezado a oír algo de esto). En cada curso las parcelas a proyectar se dan con toda exactitud. Y para aprobar de la manera más segura el proyecto final de carrera, lo mejor es dejar claro desde el principio que lo escogido se corresponde con un encargo existente en la realidad. O sea, no se aprende nunca a tratar con la arquitectura en un nivel de abstracción.

Por otra parte, desde sus orígenes, ya que los miembros de tal escuela estaban contra Franco, entonces imperante, fue durante años como una “familia semioculta”, con idénticas metas e ideas. Aunque en realidad, por entrar sólo a una “lucha” solapada, no armada ni sistemática, no fueron años tan malos ni legendarios como para otros que sí asumían militancias de auténtico riesgo. De ahí que después de muerto el dictador se repetía con una cierta sorna el dicho de que “contra Franco vivíamos mejor”. Pero además la situación se hizo más compacta todavía, ante la capital española, al representar Madrid la más fuerte competencia de Barcelona, en todos los ámbitos, hasta en el deportivo. Con una escuela de arquitectura más bien inclinada hacia cierto idealismo de abstracción geométrica, por tanto, todo lo contrario de la catalana.

Bohigas, mientras, sentenciaba lo que era moderno y lo que no, lo que era correcto y lo que no, lo que era arquitectura y lo que no. Y todos sus “hijos” y “sobrinos” (en la escuela, en su estudio, en el estudio de sus amigos) aprendían de ello. Y es que en el taller de Bohigas se podía encontrar trabajando gente como Garcés, Soria, Bach, Mora, Brullet, etc. Y junto a él, en la oficina de Correa-Milà, Clotet, Tusquets y tantos otros. Todos ellos profesores luego en la escuela, donde seguirían propiciando la difusión de tales concretos enfoques de la arquitectura, en una especie de *savoir-faire*, como si se tratase de un lenguaje arquitectónico común: está claro que una convergencia de este tipo da mayor seguridad en el quehacer de cada uno. Pero entonces, ¿dónde quedaba el riesgo? *Blade-running* debía ser la contestación, como mínimo por parte de los jóvenes (3)...

Naturalmente, una familia necesita un árbol genealógico, que en este caso asciende hasta los racional-funcionalistas de la preguerra (¡tradición de la modernidad!), Rodríguez Arias, Sert, Torres Clavé, y tantos otros del GATCPAC (4). E incluso más allá, hasta el movimiento del *noucentisme*, que fue a su vez el que se contrapuso y hasta cortó de raíz el *modernisme* del cambio de siglo, sobre todo al pasarse a aquel “bando” Jujol y Puig i Cadafalch, que representaban la continuidad desde Gaudí y Domènech i Montaner, respectivamente, como auténticos fundadores de la ruptura con la tradición clásica. De hecho, la vuelta a un orden austero, a la sencillez y elegancia clásicas que supuso el *noucentisme* armonizaban bien con la contención de la Escuela de Barcelona. Y como en esta, también la cabeza visible de los noucentistas —D’Ors— repartía canonizaciones y excomuniones a diestro y siniestro. Por ejemplo, el mismo Gaudí sería fuertemente vilipendiado (“la realidad contra el sueño”), cuyas consecuencias han llegado hasta hace bien poco, pues nada de él se enseñaba en la Escuela de Barcelona (4). Así, el dogmatismo del *noucentisme*, junto al de la modernidad, serían ampliamente sobrepasados por el de la Escuela de Barcelona, y esto sigue vigente.

Sólo unos pocos pudieron obviar y atravesar tan rígido sistema. Apenas sólo Bofill (eterno “enemigo” de Bohigas) y Moneo se referían a temas y tendencias arquitectónicas “no permitidas”. Sobre todo después de que este último les escamoteara una cátedra en la universidad prevista para alguien de “la familia”, para Correa. El castigo que se le impuso fue la ley del silencio, el vacío que se le hizo en la escuela, hasta que hastiado se marchó a Madrid. Pero demasiado tarde, pues no le faltaron alumnos fascinados. Entre ellos, por

ejemplo, se pusieron a escucharle Torres Tur y Piñón, por lo que se empezaron a ver especialmente dos temas “no autorizados”, expresión y abstracción, respectivamente, y referencias a entendimientos “incorrectos” de la arquitectura. Así, el monolitismo de Barcelona ya no lo sería tanto, ni puede mantenerse mucho más. Bohigas ya supera los setenta años de edad y no hay ningún sucesor claro al trono, sino un grupo de muchos arquitectos de calidad, que son conocidos internacionalmente, pues se mantuvieron en el (*star*) sistema de Bohigas. De todas maneras, los tiempos han cambiado, hay demasiados arquitectos, demasiados medios, se ha llegado a una internacionalización del mundo entero, los jóvenes miran en todas direcciones, y ya no hay escena que pueda controlarse.

Segundo Acto

Ahora bien, en efecto, bajo la supervisión de Bohigas, desde 1980, el urbanismo de Barcelona se fue concretando con los primeros encargos para su gente, y con el establecimiento de un amplio equipo que debían desarrollar sus ideas. Eso sí, sin riesgos, ni investigación alguna. Apostando sólo por el realismo, la tradición y la continuidad. La consecuencia fue una política de reparación, reconstrucción y reconexión de la red viaria existente, curando muchas pequeñas heridas del tejido urbano, pero sin experimentos ni grandes acciones. Diseñando de nuevo, cuidadosamente, numerosas plazas y calles que debían revitalizar sus alrededores. Luego, la perspectiva de los juegos olímpicos del 92 se convirtió en la gran excusa nacional y movilizó determinado capital, permitiéndose la realización de algunos viejos sueños: el abrirse Barcelona al mar (instalaciones portuarias, almacenes e industrias eran los obstáculos a remover), la construcción de los cinturones rodados (el tráfico era uno de los principales problemas), amplios vacíos en la ciudad estaban mal urbanizados o poco aprovechados (Montjuic, el Valle Hebrón, la actual Villa Olímpica)... “Nunca tantos hicieron tanto”, glosando las palabras de Galí, compañera de Bohigas, para la que conseguiría el segundo puesto en responsabilidad de todas las operaciones a realizar.

En efecto, se llegó a construir mucha obra pública, como nunca antes, en una espiral en que los alcaldes empezaron a competir entre ellos. Nadie quería quedarse atrás del resto, ayuntamientos nuevos, centros sociales, plazas... De manera que contagiado del mismo entusiasmo neodemocrático también el nuevo gobierno autónomo catalán empezó a encargar escuelas, polideportivos, hospitales, viviendas, bibliotecas, etc. a los mismos arquitectos. Todo era luego publicado, lucido al máximo ante los demás, para que se viese cuánto hacía un partido político u otro.

Y todo esto, la mezcla de arquitectura y política (que siempre ha existido) no era malo en sí mismo. Malo era que tan sólo se permitiese un color, el gris, el de una única tendencia arquitectónica, la de la Escuela de Barcelona, por lo que pudo erigirse bien visible y sólida. Por suerte empezaron también a ser llamados arquitectos y artistas internacionales de renombre: Aulenti, Calatrava, Foster, Gehry, Gregotti, Isozaki, Liechtenstein, Meier, Oldenburg, Pepper, Serra, Siza, SOM. Aunque encontraron condiciones de trabajo mucho mejores, con presupuestos por metro cuadrado mucho mayores que los dados a los arquitectos locales que por su calidad arquitectónica hubiesen merecido mayor igualdad.

Por otra parte, la arquitectura salió también en última instancia dañada de los excesos decorativistas de algunos diseñadores. Ejemplo de ello son los interiores de bares nocturnos, que con Samsó, Arribas y Mariscal alcanzaron su máxima expresión, impulsando especialmente a lo largo de los ochenta una imparable espiral de fascinación por lo que podía ser tildado “de diseño”, convirtiéndolo de partida en un valor realmente nuevo. Así, al

principio todo fueron alabanzas, hasta que su humor y la acusación de superficialidad por parte del *establishment* lo ajustició a muerte.

Entonces, Bohigas recibió una primera crítica pública como nadie de la Escuela de Barcelona había recibido, al serle concedido el primer (y último) premio BAD. Nombre que trataba de hacer un juego de palabras, entre FAD (aludiendo a los famosos premios FAD (5) de la prestigiosa asociación para el Fomento de las Artes Decorativas) y “malo” en inglés, tal como se estaban editando también para el cine —pero en “malo”— los premios paralelos a los Óscar. Sobre esto, la única “pega” que se podría aducir sería el anonimato con que se presentó tal iniciativa, que vuelve a ser otro indicativo de tan pragmática escena, donde todos (menos uno, Quetglas) tienen la prudencia de no quemar nunca del todo sus propias naves. Hasta que justo acabadas las olimpiadas, a finales del mismo 92, unos jóvenes arquitectos fundaron lo que al principio fue una asociación algo alternativa, el AJAC (Asociación de Jóvenes Arquitectos de Cataluña, en el todopoderoso Colegio de Arquitectos de Cataluña), que empezó a procurar una escena Barcelona más colorida.

Tercer Acto

(Advertencia: este artículo no va sobre Loos, tan sólo se van a apuntar unas frases, por lo que puede seguirse leyendo tranquilamente. Gracias.)

¿No fue Loos el que dijo alguna vez que el arquitecto es un albañil que sabe latín? (6) Pues, en Barcelona ya no se sabe latín. Así que sólo se nos ha quedado el albañil, *sachlich*, objetivo y material. Y si se nombra aquí a Loos es por qué todavía sigue siendo un punto de referencia seguro en la escena, una de esas intocables vacas sagradas. A pesar de todo, es como hablar en el vacío cuando se intenta difundir la noticia de que hace tiempo que se le enterró. Hasta los vieneses mismos lo enterraron, y ya es otra vez polvo. (Yo estuve ante su tumba, lo he visto, soy testigo...) Y uno de los intentos de difusión de tal noticia se hizo como aportación a la “Fax-Exhibition”, que fue parte de una exposición en el Colegio de Arquitectos (7). Pero cualquier cosa tiene también sus ventajas, y así, si en un bar de diseño en Barcelona citas a Loos consigues hacer callar a todos, sin que esto fuese ningún oculto sentido del título de su primer libro.

Mientras, Bohigas sigue siendo un auténtico símbolo de la escena, se le sigue invitando a presidir todo tipo de actos, sigue estando en todos los platos. Claro que se lo ha ganado de sobras, como nadie en ninguna otra escena, algo que debe reconocerse. Y de hecho, también es de agradecer el que se tenga una estrella polar tan clara, a pesar de que uno quiera mirar hacia el sur, saltándose las estrictas “prohibiciones” de la Escuela de Barcelona. Aunque el que se atreva ya sabe que no se le encargará obra pública alguna, se quedará sin publicaciones, sin premios, sin cátedras. Se conoce el camino, y por eso se calla, pues no se pierde la esperanza de conseguir algo público. Claro que siempre se pueden oír críticas pero no pueden leerse en ninguna parte. Y si llegara a verse alguna, entonces, de nuevo se presentan como anónimas (7).

También, la escena se ha llevado a golpe de las periódicas polémicas provocadas por Bohigas, el único que ha conseguido siempre el eco de la prensa. La última fue cuando lanzó la frase sobre que el 95% de los arquitectos son servidores de la especulación comercial y el 5% restante son insolidarios (8). Una polémica con un grave error, por qué mezcla en ella a todos los arquitectos ¡incluso a los que ni construyen! De ahí que sería más preciso hablar del 95% de los edificios realizados, no de los arquitectos, pero esto ya no es polémico. Aunque es esta la verdad, la que puede verse en toda ciudad “civilizada”. Mientras que es curioso corroborar

que en países “no civilizados”, “salvajes”, no hay construcciones detestables, y eso ¡sin arquitectos!, pero también sin promotores “salvajes”...

Sí, en parte la historia de la escena Barcelona es la de las polémicas de Bohigas, pero también —como contestación— la de las inconformidades de la gente con sus arquitectos, desde las “plazas duras” hasta la torre de Calatrava. Esta, además, introdujo el primer ataque colectivo y directo de los arquitectos de la Escuela de Barcelona contra uno de sus colegas de profesión, pues no querían que la construyese. Pero fue un asunto tan inusitado y fuerte que alguno hubo que no quiso firmar tal contramanifiesto: nunca se había hecho algo así en la tranquila y monolítica escena.

Pero se precisaba una prueba física de que, por lo menos entre los jóvenes arquitectos, el terrible 95% de la acusación que Bohigas había lanzado sobre todos nosotros no era justo. Y esta oportunidad vino con motivo de una exposición en la que se mostraban los trabajos de alrededor de un millar de arquitectos menores de 40 años, agrupados en 347 equipos (9). Jamás se había visto tanta obra de tantos juntos. Y ¿qué es lo que podía verse allí? La entera joven escena Barcelona (y de los alrededores), o sea, la escena inmediatamente futura. Pero tal cual es, con todas sus voces melodiosas y con todas sus desafinaciones. Demostrándose que nadie podía escabullirse de la enseñanza de la Escuela de Barcelona, como suelo común preexistente. Con una misma presión ideológica *sachlich*, objetiva y material, seguida en mayor o menor medida por todos.

Ahora bien, en la exposición se podían empezar a percibir otras influencias, por ejemplo un pseudominimalismo fruto de las poderosas imágenes visibles hasta entonces en la obra de Viaplana y Piñón. Los dibujos de las plantas de la plaza de la estación de Sants (1981-1983) y del parque del Besós (1982-1987) abrían una etapa en toda la escena. Y junto a ello la inauguración del pabellón alemán de Mies reconstruido (1986). Todo esto ya fue demasiado para la escena Barcelona y comenzaron a infiltrarse ciertos conceptos idealistas, abstracción, geometría, purismo. Temas que se han ido adecuando bien a las características de la Escuela de Barcelona y que poco a poco están dejando de lado el severo realismo. Por otra parte, también se revela con cada vez mayor impacto determinadas concepciones neoplasticistas de las líneas y superficies, que permiten lograr de manera rápida y segura conjuntos llenos de corrección sintáctica. Y es que todo lo que suponga seguridad tiene su éxito. Demasiada seguridad, por lo que se hace sentir que tras cien años, ¿no se necesitaría otra Secesión? Un rompimiento que permitiese un despliegue de tendencias más bien expresionistas, cuando uno está ya harto del sempiterno *less is more*.

El asunto es que la “familia” ha conseguido llegar a ser muy significativa, con tantos buenos ejemplos contruidos sobre la mesa, tantos premios, publicaciones, hasta el punto que ha acabado por haber más magma que paradigma. Sin embargo, es justo en un suelo magmático y fecundo como este el que puede propiciar una nueva *Ver Sacrum*. Hasta que llegue, el airbag y cinturón de seguridad de la tradición de la modernidad nos protegerá sin riesgos. Pero, ¿quién se atrevería en estas circunstancias a abrir de nuevo la ventana, para respirar aire fresco? ¿No los de la tercera generación? De momento, los nietos están entrando ahora en la escuela: para los últimos siete puestos de profesores asociados convocados se presentaron ¡más de un centenar de candidatos!

Sobre esto, en Barcelona puede llegar a percibirse una evolución natural que Miralles realizó para todos. Él trabajaba en el despacho de Viaplana y Piñón, y aunque ahí acabase más bien mal con ellos, aún se le cuenta como colaborador en los créditos de la mencionada plaza de la estación. Pero, ¡clave!, con este punto de partida mostró como podía amansarse —con la

contención catalana— el deconstructivismo más salvaje. “Esta es la versión que un joven arquitecto moderno debe desarrollar”, se oye flotar en el ambiente. Lo cual resulta increíble, pues es una demostración de que en la Escuela de Barcelona, aún sin disolverse del todo, aparecen ya nuevos prejuicios de “lo que debe ser”. Quizá sólo sea una cuestión del péndulo eterno de la historia, después de Apolo viene Dioniso y viceversa, marcar poderosamente la dinámica de las diagonales, reforzar violentamente el gesto, cada vez más complejo, denso, oscuro... Pero nunca demasiado, pues ¡estamos en Cataluña!

Telón

Sin embargo, últimamente, iniciada la explosión demográfica de los arquitectos, una nueva generación postolímpica —con indudable voluntad de desmarcarse de lo que ya no le ha traído ventaja personal alguna— está introduciendo demasiada multiplicidad, complejidad y rapidez como para permitir la continuidad de una única lectura oficial de la escena Barcelona. El problema es que se ha quedado sin oxígeno, en medio de un total *overbooking*. Y dicen que hasta han montado una escuela...

NOTAS

(1) Estas cifras de número de arquitectos se han disparado considerablemente en los últimos años, al igual que ha bajado la media de duración de los estudios. Por otra parte, en 1996 arrancó la primera escuela de arquitectura privada, la ESARQ (UIC), seguida un año más tarde de la escuela de arquitectura de La Salle (URL).

(2) El Grupo R contaba por ejemplo también con Coderch, Martorell, Moragas y Sostres como miembros fundadores. O sea, los arquitectos más destacados del momento, haciendo frente común por —desde los años 50— enraizarse de nuevo con la modernidad de la década de los 30, saltando por encima del eclecticismo historicista de la posguerra franquista.

(3) Ver la serie de artículos que se ocupa del tema, publicados por este autor en las revistas del Colegio de Arquitectos de Cataluña, *AB: Architectes de Barcelona* e *Informació i Debat*, en Barcelona, entre 1994 y 1995.

(4) Desde el nombre del GATCPAC, Grupo de Arquitectos y Técnicos Catalanes para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea, ya se avanza la tarea para la que se agruparon, entre 1930 y 1939, la encomiable importación del movimiento moderno europeo.

(4) Todo lo que este autor sabe de Gaudí tuvo que aprenderlo fuera de la Escuela de Arquitectura de Barcelona comandada por Bohigas, pues, en los seis cursos (12 semestres) que duraba la carrera no tuvo, el que firma estos párrafos, ni una sola clase o referencia a Gaudí. Y eso con un horario intensivo de seis horas seguidas cada día, de 08:30 h. a 14:30 h. sin pausas previstas. Pudiéndose hablar de él en tantas asignaturas, desde tantos ángulos: proyectos, construcción, estructuras, historia. Y estando en Barcelona, no en Sydney.

(5) Estos pueden seguirse con todo detalle desde la revista *ON* y el catálogo de los seleccionados y premiados, publicado cada año en Barcelona.

(6) Véase LOOS, Adolf (A. Estévez, J. Quetglas, M. Vila, traductores), *Escritos I: 1897-1909* y *Escritos II: 1910-1932*, El Croquis Editorial, Madrid, 1993. Es esta la primera publicación que recopila todos sus artículos, ni siquiera totalmente recopilados ni en alemán.

(7) ESTÉVEZ, Alberto T. (comisario), exposición “Sense Mans”, Colegio de Arquitectos de Cataluña, Barcelona, 10-31 de octubre, 1994.

(7) Se escribió un libro entero como intento para sintetizar una breve historia de los últimos años de la arquitectura en Barcelona, del árbol genealógico de sus arquitectos, del *star-system* local... por supuesto, todo él repleto de testimonios anónimos, en que se anota de manera bien explícita su voluntad de anonimato: MOIX, Llàtzer, *La ciudad de los arquitectos*, Anagrama, Barcelona, 1994.

(8) BOHIGAS, Oriol, *Conferencia con motivo del nombramiento de doctor honoris causa*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 21 de julio, 1995.

(9) ESTÉVEZ, Alberto T. (comisario), exposición "*Blade-running (i 3)*", Colegio de Arquitectos de Cataluña, Barcelona, 11-24 de octubre, 1995.